

bre, sino también, y esto es lo que importa más por la palabra y por las obras, afirmando y reivindicando públicamente para Dios la plenitud de su soberanía sobre el hombre y sobre toda creatura, de modo que sus derechos y su potestad de mandar, sean con veneración por todos reconocidos y prácticamente respetados.

Cumplir estas obligaciones, no es solamente obedecer á las leyes de la naturaleza, sino asimismo trabajar en beneficio del género humano. ¿Quién no sentirá, Venerables Hermanos, el alma sobrecogida de tristeza y temor, viendo que la mayor parte de los hombres, mientras se exaltan, por otra parte con justicia, los progresos de la civilización, se lanzan unos contra otros encarnizadamente, que no parece sino que hay una guerra de todos contra todos? Ciertamente que todos los corazones suspiran por la paz, pero insensato es el que la busca fuera de Dios, porque arrojar á Dios es arrojar á la justicia, y la justicia, apartada toda esperanza de paz, se convierte en vana quimera. *La paz es obra de la justicia.* No ignoramos que muchas personas, impulsadas por el amor de la paz, es decir, de la *tranquilidad del orden*, se asocian y agrupan, para formar lo que llaman el partido del *orden*. ¡Vanias esperanzas! ¡Trabajo perdido! Partidos del orden, capaces de restablecer la tranquilidad en medio de la perturbación de las cosas, sólo hay uno: el partido de Dios. Este es el partido que debemos fomentar, este es al que debemos procurar el mayor número posible de adhesiones, por poco que nos interese en la pública seguridad.

Con todo esto, Venerables Hermanos, por mucho que en ello nos esforcemos, la vuelta de las naciones al respeto de la majestad y la soberanía divinas, no se verificará sino por Jesucristo, y en efecto, ya nos advierte el Apóstol, que *nadie puede poner otro fundamento que el que ha sido puesto, el cual es Jesucristo*; únicamente á él es á quien ha santificado el Padre y ha enviado al mundo al esplendor de su gloria y figura de su sustancia, verdadero Dios y verdadero hombre, sin el cual nadie puede conocer á Dios como debe, porque *ninguno conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo haya querido revelarlo*; de donde se sigue que *restaurar todas las cosas en Cristo* y volver los hombres á la obediencia divina, son una sola y la misma cosa, por lo cual el objeto á que han de convertirse todos nuestros es-

fuerzos, es volver el género humano al imperio de Cristo, y hecho esto, el hombre habrá vuelto, naturalmente, á Dios; pero no á un Dios inerte y apático para las cosas humanas, como en sus desvarios soñolientos se lo han forjado los *materialistas*, sino un Dios vivo y verdadero, trino en Persona y uno en esencia, autor del mundo, que abarca todas las cosas en su infinita Providencia; legislador justísimo, que castiga á los malos y asegura el premio á los buenos.

Ahora bien, ¿cuál es la senda que conduce á Jesucristo? Á la vista la tenemos: la Iglesia. San Juan Crisóstomo nos lo dice con admirable razón: *La Iglesia es tu esperanza, la Iglesia es tu salud, la Iglesia es tu refugio.* Para esto la estableció Jesucristo, habiéndola ganado al precio de su sangre; para eso le confió el depósito de su doctrina y los preceptos de su ley, prodigándole al mismo tiempo tesoros de divina gracia para la santificación y salvación de los hombres.

Hasta aquí uno y otro Pontífice coinciden en todo: señalan los mismos males é indican los mismos remedios, como os hemos insinuado. Pero al tratar de los medios, de los auxiliares en lo humano, de los instrumentos, notamos desde luego la diferencia de programa del Pontífice difunto y del Papa que empieza á reinar. León XIII dice en su referida primera Encíclica:

«Nos dirigimos á los Príncipes y supremos Gobernantes de los pueblos, conjurándolos en el nombre augustísimo del Dios Altísimo, que no renuncien en tan peligrosos momentos el apoyo que les ofrece la Iglesia; que se agrupen concordes y decididos en torno á esta fuente de autoridad y de salvación; que estrechen una vez más con ella íntimas relaciones de respeto y amor.»

Pío X, en cambio, apostrofa desde luego á los Pastores de las almas, de todas categorías, empezando por